

LUNA



LUNA



SUMARIO

ANTONIO DE LEZAMA
JOSE CAMPOS
ANTONIO APARICIO
EDMUNDO BARBERO
AURELIO ROMEO
SANTIAGO ONTAÑÓN
PABLO DE LA FUENTE
JULIO ROMEO

ARRIBA LOS MUERTOS!
JULIO 1936 - JULIO 1937
LA POESIA EN LA GUERRA
SUBLEVACIÓN EN ANDALUCIA
LA GUERRA DESDE FUERA
SEMILLA A LA POESIA
LOS OBREROS EN LA LUCHA
B O M B A R D E O S

CUADERNO DE POESIA DE GUERRA
NOTAS DE LECTURA, por A.R. y J.C.

Portada e Ilustraciones de ONTAÑÓN

Año II

Noche del 24 al 25 Marzo de 1940

Num 18

LUNA

ni puede ni quiere sustraerse a la emoción del momento y esta es, actualmente, el recuerdo doloroso e indeleble del 28 de marzo de 1939

En esa fecha de cruel memoria la Republica española, nacida entre a legrías abriñeñas sucumbió en una primavera tragica.

Ese día, omega y alfa para nosotros, nos mataron una ilusión y nació una esperanza.

Ni lloramos cobardes ni nos alborozamos inconscientes, porque al ampararnos bajo los tres colores del pabellón chileno conservamos en el fondo de nuestra alma los tres colores de nuestra abátida bandera para hacerlos flamear, otra vez triunfantes, aun a costa de nuestra propia vida.

LUNA, los que en sus páginas ponemos lo mejor del cerebro y todo el corazón, unimos al amor a España la gratitud a Chile.

¡28 DE MARZO DE 1939!

¡LA REPÚBLICA HA MUERTO!

¡VIVA LA REPÚBLICA!

LA REPUBLICA DE
MEXICO
25 DE MARZO DE 1900

¡ARRIBA LOS MUERTOS!

TRISTE celebración la nuestra. Conmemoramos una fecha dolorosa en la que no encontramos ni el paliativo de una trágica gloria que nos preste el brillo de un recuerdo que, aun de signo contrario, enorgullece.

El 28 de Marzo de 1939 es un día maldito pero es un día que no podemos, que no debemos olvidar, como tampoco nos es permitido borrar de la memoria las figuras de quienes cayeron peleando en una y otra parte.

Pura está la República de culpa, que sobre su conciencia, tal vez demasiado estrecha y en exceso puritana, no hay sombra de duda. Triunfó por la voluntad omnimoda de la masa y fué su anhelo constante la paz, la alegría y el trabajo, con dulzuras virgilianas, serenidades de Horacio y filosofía senequista, cuando acaso precisara durezas cesarianas y sangrientas inquietudes de Espartaco triunfador.

Quienes todo lo tenían y todo les fué respetado, a cambio simplemente de un sistema y unos procedimientos de gobierno, no se allanaron a la voluntad de los mas y quisieron seguir siendo los amos, los privilegiados, los únicos y, recobrados del miedo, se alzaron contra unos hombres que a nadie encarcelaban, nada robaban, ni una gota de sangre hacían derramar.

¡10 de Mayo!, ¡10 de Agosto!, ¡Traición radical cedista! ¡Suscesos de Asturias! ¡Sirval! ¡Gobierno del bienio negro! ¡Es-traperlo! Todas estas son fechas y hechos que pesan como losa de plomo sobre las ineptas y malvadas derechas españolas y constituyen una serie de crímenes que culminan el 18 de Julio de 1936 sin superación posible porque a la deslealtad bañada en sangre de millares y millares de víctimas asesinadas con el mas salvaje sadismo unen la infamia monstruosa de entregar España a las codicias y barbarie de alemanes, italianos y moros.

No es una guerra civil en que, con error o sin él, luchan unos compatriotas movidos por un ideal que por ser ideal todo lo ennoblece; luchan las mas heterogeneas banderías, las tendencias mas atávicas y aun los mas encontrados intereses, hermanados solo por el odio, por las pasiones y codicias. Junto al que se dice revolucionario nacional-sindicalista, hijo mas truoso de las demagogias nacionalsocialistas de Italia y Alemania, va el requeté carlista que contempla con bestial complacencia la destrucción de Guernica símbolo de los fueros que tanto defendieran los partidarios de D. Carlos, y a su lado está el alfonsino que representa un matiz, falso matiz liberal. Y de la mano de tan extraños aliados no falta el lerrouxista que por estas fechas hacia ostentación de su republica mismo y librepensamiento, braveando en los casinos radicales o indigestandose en los banquetes de promiscuación.

De toda esa gentuza, de toda esa canalla dorada es la responsabilidad de una guerra que ellos provocaron e iniciaron, de dos años y medio largos de negra lucha; de crímenes sin cuento, de ruinas, de atraso, de miseria, de dolor y de vergüenza.

Que ellos respondan de los millones de hombres, mujeres y niños inmolados de todas suertes, en el campo de batalla o en las ciudades y pueblos; en lucha campal o asesinados friamente. Que ellos respondan del destrozo y robo de nuestro tesoro, de la ruina de nuestra economía, de los hogares deshechos, de los huérfanos, de la deshonra del nombre español, del inmenso odio que han incrustado en nuestras almas. Que ellos respondan en un mañana, acaso no lejano, cuando la República reconquistada les señale su obra demoladora y anárquica, con un país muerto de hambre y lleno de cárceles en que se hacinan mas de un millón de presos famélicos y martirizados, pero poblada en cambio de millares y millares de frailes y curas y monjas en número jamás sospechado y bajo la sombra siniestra de los tricórnios de la Guardia Civil y la mancha parda de las chibas mogrebina.

En las casas humildes no habrá pan pero los hijos aprenderán el himno de la Falange en las escuelas, donde ha vuelto a entronizarse a Cristo, tal vez para que sea mayor el dolor de su crucifixión.

Toda la grandeza imperial está encerrada en sus parodias de desfiles a la alemana, en sus bartiadas de Comillas, en sus literaturas de pedantes conceptuosos y fatuos, y en sus falsos prejuicios militares que después de haber servido de modelos ordenanzas a los técnicos extranjeros ahora blasonan de asombrosos estrategas y temerarios héroes.

¡Pobres vilanos que al menor soplo os vais por el aire! Sois mas dignos de lástima que los caídos, de esos muertos que un día se pondrán en pie, como los famosos combatientes de la gran guerra pasada, para machacaros sin piedad, para pulverizaros en impalpables moléculas, para hacer que vuelvan a la nada vuestra edificaciones de ladrillo y barro, vuestras letras vacías de contenido, para echar abajo las cárceles que son un templo de tortura y para convertir los templos, que son cárceles del espíritu, en museos o en escuelas o aun en hogares de oración pero de oración honrada y ciudadanamente practicada.

¡Arriba los muertos! ¡Arriba los muertos como!...pero, ¿para qué poner nombres si son tantos y tantas glorias nuestras?

Si yo tuviera que elegir símbolo de esos muertos no buscaría gloriosos apellidos de hombres que encontraron el fán de su vida combatiendo con un fusil por sus ideas, no. Mas republicana mente, mas de acuerdo con el odio a la guerra, acaso enalteciendolos aun mas a nuestros soldados, los simbolizaría a todos en la figura augusta de dos hombres que fueron asesinados porque representaban lo que mas odia nuestro enemigo: la inteligencia la libertad, la razón, y esos hombres son el genial poeta Federico García Lorca y el austero y gran periodista Javier Bueno.

El día que de nuevo y para siempre triunfe la República, con una ideología fortalecida y renovada y con unos procedimientos firmes y mas consonantes con la conveniencia que con la piedad, serán ellos, los muertos, quienes surgirán vencedores, y los que sobrevivan, ¡cuantas muertes serán necesariamente inevitables!, podrán ufanarse de haber matado la hidra, pero que cuiden de que no quede sin aplastar ninguna cabeza para que no retoñen esos abortos de la naturaleza.

Si queremos la vida no temblemos ante la posibilidad de la muerte, luchemos incansablemente, como luchaba aquél guerrero de quien un poeta latino dijo: "Así él, no habiendo advertido el golpe, aun peleaba, y estaba muerto!"

Porque se pelea, aun después de dejar la vida, se pelea con el ejemplo de esa misma vida y el recuerdo del heroísmo.

128 de Marzo de 1939! ¡Arriba los muertos!

Antonio DE LEZAMA.-

NOTAS POLITICAS

Hitler y Mussolini se entrevistaron a principios de semana en el Brenner. Se dió gran publicidad a este encuentro, y a los pocos días el interes internacional no se ocupaba ya de él para estudiar las características de la crisis francesa, en la que la salida de Daladier y la entrada de Reynaud parece orientar hacia una guerra mas efectiva los esfuerzos de la vecina Republica.

Con mas de un millón de presos y en las fechas tradicionales de indultos y amnistias, el Caudillo se ocupa solamente de dar prestigio "nacionalista" a las procesiones de Sevilla en las que no habrá figurado el Cristo del Perdón. Por otra parte se cierra mas el dominio de la camarilla de Serrano Suñer al nombrar para sustituto de Muñoz Grande en la Jefatura de Milicias al Coronel Galarza, del Cuarto militar del Generalísimo.

Julio 1936

Julio 1937

CON los últimos días de julio, hace un bochorno a troz, que hubiera invitado a la vida muelle, a la siesta, a la quietud; sin embargo, la vida nos pide todo lo contrario. Si nos dejamos llevar por el ambiente, nos aplastarán y por eso la sangre está en ebullición, sin que repose, hasta que no estemos defendiendo nuestra causa. Hay que actuar, es el grito unánime que siente el pueblo madrileño y lo lanza a la calle.

La radio nos ha ido comunicando el triunfo en Barcelona, a Valencia, Cartagena. Albacete, Guadalajara, etc., pero el peligro no ha desaparecido, pues columnas enemigas avanzan hacia la Sierra, para una vez franqueada, caer sobre Madrid. Al conjuro de esta noticia las fuerzas republicanas y las clases obreras se lanzan para defender la capital. Cada círculo republicano, cada agrupación, es un hervidero constante que va y viene en el eterno dar y recibir órdenes. No cesan de salir camiones para los distintos puntos de la Sierra, por donde puede avanzar el enemigo: Unos a Navalperal; otros a Guadarrama, Navacerrada, a la Morcuera, Somosierra, etc. Ninguno de los que van en los camiones saben cual será su destino, pero ellos es lo mismo. La cuestión es que el enemigo no avanza, que no logre sus propósitos.

En uno de estos camiones marché en busca del fascismo, sin que me importara el lugar donde iba a encontrarle, como tampoco les importaba a los que conmigo iban. Ninguno nos conocíamos, pero nos setíamos

hermanos, pues corría por nuestros cuerpos una misma sangre, la de la libertad, y un mismo deseo, el aplastar al enemigo.

Segun avanzabamos por Madrid ibamos comprendiendo cual sería el punto a dónde nos llevaban, y parecía como el nuestro deseo hubiese sido el ir hacia ese lado. Las conversaciones giraban siempre en torno a un mismo punto, lo que tardaríamos en llegar a Avila o Segovia, las primeras ciudades que se presentaban en la dirección que ibamos. Todos eramos jefes de Estado Mayor y disponíamos de las fuerzas a nuestro antojo. Unos creían que se debía avanzar por Peguerinos para caer en El Espinar, cortando de esta manera la retaguardia del puerto del Leon, tambien llamado del Guadarrama. Otros por el contrario, creían que se debía alcanzar esa retaguardia por el otro lado del puerto, alcanzando la carretera de Madrid a Segovia siguiendo el rio Peregrinos.

En estas discusiones llegamos a Guadarrama que estaba como pueblo en fiesta dado el número de gente que transitaba por sus calles. Nos apeamos y cada uno tiró por su lado. Yo, con otros cuantos, avancé carretera adelante camino de Tablada. En una de las curvas de la misma nos indicaron que nos metieramos por el monte, pues la carretera estaba batida. Así lo hicimos y la disgregación del grupo fué total. Conmigo avanzó solamente otro de los que habían venido en el camión, con el que había simpatizado. Parecíamos dos amigos que ibamos de excursión y sin embargo solamente sabíamos uno de otro que eramos antifascistas. Sin embargo, desaparecía la ilusión al sentir sobre nuestras cabezas el sinbido de los obuses y el mas ligero de la fusilería.

Continuamos avanzando entre pinos hasta encontrar a unos cuantos enemigos que tumbados en tierra nos indicaron que tuvieramos cuidado. Avanzamos a gatas hasta llegar donde se encontraban, informandonos dónde estaba el enemigo. Tumbados a su lado disparabamos de cuando en cuando hacia lo alto de la Sierra a la menor sombra de movimiento que observábamos. A nosotros parecía que no nos veían, pues no sufríamos ninguna clase de fuego, por lo que decidimos seguir avanzando y con gran sorpresa por nuestra parte nos tropezamos con otro grupo nuestro que estaba parapetado detras de unas piedras.

-¿Dónde está el enemigo?-les preguntamos ante la duda de que pudiera haber mas fuerzas nuestras por delante.

-Allí -nos dicen, y efectivamente, al poco tiempo vemos moverse unos cuantos individuos vestidos de uniforme. Ahora no hay duda, estamos en la primera línea. Buscamos acomodo y disparamos en dirección al enemigo sin ton ni son. Este nos contesta y al poco cae a escasos metros de mí el primero de nuestros heridos. Entre unos cuantos lo recogen y se los llevan. Al poco otro, luego otro, y otro...

El grupo queda reducido a cinco o seis. Empieza a hacer frío pues estamos en mangas de camisa a causa del calor que hace en Madrid. Nos reunimos y decidimos ir a Guadarrama a dormir, calentarnos y comer algo. Poco a poco vamos descendiendo hasta llegar al pueblo que sigue, pese al bombardeo que ha sufrido, como le dejamos al subir. Los camiones se van llenando de gente que regresa a la capital cual si lo hicieran de una excursión. Las ambulancias, sonando su campana, se hacen paso y transportan a los hospitales de Madrid los heridos del día. Todos son gritos, preguntas y alguna que otra exclamación, entre ellas que sonaba alguna que otra blasfemia. Entre la gente nos encontramos amigos y conocimos que se nos incorporan y de los cuales unos piensan regresar a la ciudad para tranquilizar a sus padres, mujeres o novias y otros decidimos dormir en los bancos del ayuntamiento despues de comernos la lata de sardinas y la onza de chocolate que nos habían dado.

Son los últimos días de julio, hace un año que ha empezado la guerra y por los azares de la suerte, vuelvo al punto donde la inicié. Ahora soy jefe de Estado Mayor de una brigada que va desde Madrid a las posiciones del alto del Leon ante el peligro de una ofensiva enemiga.

Son las once de la noche y he recibido orden de partir, dentro de dos horas estarán en el cuartel los camiones que nos han de transportar. Toco el timbre y ordeno al oficial de guardia que toque llamada a jefes de batallón.

Llegan éstos y ante el plano extendido en la mesa les indico las posiciones que han de ocupar y les doy la orden para que se presenten al jefe de la brigada X que les indicará sus futuras posiciones, tomo nota de los capitanes que han de sustituirlos en la jefatura de sus respectivos batallones, durante su ausencia y parten.

El jefe de la brigada me ordena generala y al poco tiempo el cuartel es una colmena en plena actividad, luego el silencio; la brigada esta formada en el patio, no falta ni un hombre, a los camiones y en marcha. Estos llevan órdenes concretas, nada de lúces, el enemigo puede vernos.

Llegamos a Villalba y se baja la fuerza de los camiones, si seguimos, el ruido de los motores, nos delatará. De aquí a Guadarrama iremos a pie y ocuparemos nuestras posiciones antes del amanecer.

El pueblo de Guadarrama ya no es mas que un montón de ruinas informes, del que arrancan una serie de trincheras de evacuación que conducen a lo que constituyen la red de las posiciones. Aquellos montes que parecían un paraíso hace un año estan convertidos ahora en un campo de muerte; alambradas, trincheras, rocas voladas segun un plano.

Voy recorriendo las posiciones acompañado por el comandante del sector correspondiente que me indica como ha montado el servicio. De cuando en cuando aparecen los capitanes que dan la novedad. No hay miedo de que el enemigo avance.

Con estos dos cuadros he querido indicar la labor y la fuerza constructiva de un pueblo, que, iniciando una lucha sin ninguna organización, supo, antes de un año, organizar un Ejército que permitiera la ofensiva de Brunete. Hubo que crear, desde los jefes de las distintas unidades, como Modesto, Lister, Mera, el "Campesino", etc. hasta los subalternos y clases, pasando por los jefes y oficiales del Estado Mayor.

Cuando se haga la historia de esta guerra se comprenderá y se admirará a este pueblo que con pocas armas y sin ninguna disciplina, pudo, fabricando las primeras y formando la segunda, resistir a unos profesionales superarmados y que conservaron desde un principio la primitiva organización y disciplina del Ejército.

José CAMPOS

694

LA POESIA EN LA GUERRA

La guerra dividió de un golpe al armazón espiritual y material de España para poner de un lado al pueblo con su afán de libertad levantado en defensa de la República popular, y de otro la Iglesia inclinada hacia la traición, el Ejército entregado a los designios de Hitler y Mussolini y el Capital vengativo. En estos términos, quedaban junto a la República más valores espirituales que materiales y esta desigualdad de reservas se manifestó en todos los momentos: entre otras cosas se enfrentaron la Dignidad, el Heroísmo y la Solidaridad contra la banca, los centenares de aviones y los millares de cañones teutónicos. La Poesía, fuerte aliento en una tierra aspera que dá al mundo Jorge Manrique, Lope, Quevedo y Calderón, había de estar naturalmente al lado del pueblo. Toda la gran poesía española de los mejores siglos es ampliamente popular y revolucionaria. Popular la letrilla y el romance de Lope, revolucionarios los sonetos de Quevedo y las coplas elegiacas de Manrique. Y este designio popular y revolucionario de nuestra poesía clásica, puso, a la hora de la verdad trágica de la guerra, el pecho de los poetas latiendo al compás del resplandor heroico.

Es sumamente significativo que llegada la hora de definirse resueltamente todo aquello que vivía sobre el suelo español, y cuando en los más diversos campos se operaban deserciones y cobardías, la Poesía española estuvo unánimemente con todos sus elegidos en la trinchera donde el pueblo en armas defendía su independencia de las taras antipopulares y reaccionarias.

Hay una indeclinable razón histórica que mueve a todas las fuerzas hacia su lógico y natural destino, vertiéndolas hacia donde han de cumplirse o ejecutarse; y todo aquello cuya trayectoria pueda parecer exteriormente inexplicable, en el fondo no hace sino obedecer a su entraña nativa, a su íntima razón vital. Por esta causa, un Manuel Machado contagiado de an dalucismo externo, falso, arrimado a la corteza burguesa, feudal y pintoresca de la sociedad española había de encontrarse encontrándose a sí mismo, donde las fuerzas a que él respondía se agrupaban; por esta causa también, Antonio Machado, auténtico andaluz, profundo, elegíaco, sucesor de esa línea vigorosa de Séneca, Góngora, Valdes Leal, Velazquez, Juan de Me na, Rioja y otros, -dicho desordenada y de forma incompleta-; Antonio Machado que había sentido a España a orillas del Due ro, que la había escuchado en el corazón yermo de Castilla, cuando suena la hora crítica y decisiva de la lucha entre la España que él llevaba dentro y la que él había despreciado y desafiado siempre no hace sino seguir su propio camino, su razón como Hombre y como Poeta.

Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán contento moriría.

dirá en un soneto magnífico dedicado a Enrique Lister cuyo so lo nombre trae al pensamiento todo lo más noble y generoso de los soldados populares. Una vez más la Verdad y la Poesía sa lian abrazadas a combatir ó a morir. Y combatieron y murieron juntas bañadas en la sangre más pura y más española.

En los años que precedieron a la guerra, la poesía de nues tro país había alcanzado en el mundo de habla castellana una justa universalidad. Puede decirse sin el menor temor a la hi perbole, que España había encontrado, como en otros siglos, la verdadera expresión de su sentir en la palabra de sus poetas. Por esta honda virtud al interpretar fielmente el alma de Es paña, resonaba reciamente la voz de sus poetas allí donde el castellano extendía su imperio espiritual. Y en los años ante riores más inmediatos a la tragedia, aquellos poetas que de una forma mas completa continuaban la línea de nuestra lírica inmortal, habían enriquecido su obra acercándola lealmente a los anhelos revolucionarios del pueblo. Rafael Alberti y Emi lio Prados habían sido los primeros en poner su nombre al ser vicio de la Revolución obrera y campesina concretamente. Mas tarde, Luis Cernuda, taciturno, desdeñoso, rompe sus soleda des densas y se adhiere públicamente a la Revolución comunis ta. Detrás de estos nombres, y a cuya cabeza no hay que olvi-

dar a Antonio Machado que ya en 1917 profetizaba la unión de dos pueblos hondamente cristianos -Rusia y España- y que más tarde reclamaba una lírica revolucionaria "que pudiera venirnos de Rusia; detrás de estos nombres que tiene ya una resonancia clásica, formaban los poetas de la nueva generación que recogían las esperanzas de las juventudes populares. Y es esta la Poesía que llegado el diez y ocho de julio se incorpora arrebatadamente a la lucha. Serrano Plaja asalta conmigo el Cuartel de la Montaña, Machado ve en cada miliciano un capitán y León Felipe habla ya de la nueva salida de Don Quijote a batallar. Es la hora de la tragedia, y la tragedia es esencialmente Poesía. Poesía y Muerte. Federico García Lorca, asesinado en Granada por los piquetes de Falange Española pone sobre la frente de la Poesía la cinta trágica que ha de acompañarla hasta las últimas horas de la agonía. Durante los dos años y medios de la guerra, el pueblo tuvo siempre tras sí el aliento tenaz de quienes sabían porque y hasta que punto era preciso doblar la esquina de todos los sacrificios antes que hincar la rodilla ante la agresión.

Estalla la guerra y Federico García Lorca está en Granada; Rafael Alberti en Ibiza. Federico cae fusilado, pero Alberti logra escapar de la muerte que le ronda. Rafael, desde aquel mismo día en que lo vimos volver a Madrid, comienza a trabajar incansable, disciplinado, inclinado a todas las esperanzas, cantando día tras día, batalla tras batalla, la gloria de una lucha desigual que estaba, sin embargo, llamada a vencer. En las brigadas de choque, en las trincheras, en las fabricas de guerra, el nombre de Alberti se pronunciaba con cariño, y cuando decía ante los soldados su versos, aquellos hombres que horas antes luchaban coléricamente mordiendo la mecha de sus bombas de mano, se arrobaban ante quien tan profundamente llamaba en sus corazones sencillos.

La misma desbordada dignidad de español que ponía Machado en cada una de sus palabras, el mismo fervor esperanzado que Alberti daba a sus estrofas, fueron la norma decidida de los poetas verdaderos de España. Lejos de la guerra, en América, Juan Ramón Jiménez, abandonando su encastillamiento minoritario, llamaba angustiosamente en todas las puertas pidiendo ayuda para la causa de la República. León Felipe se reintegra a España en el primer momento -"Good night Panamá"- para buscar a Dios en la España atacada. Cernuda, Prados, Altolagui -re están moviendo ya sus plumas y cuando escriben el nombre glorioso de los soldados una tierna emoción hace temblar sus manos. Al lado de este grupo, figura el grupo de los poetas de la nueva generación, soldados casi todos ellos en las divisiones que iban enterrándose sobre la tierra de las batallas.

697
Eran Migle Hernández, con su juventud poderosa y ejemplar; Herrera Petere, extraño y optimista; Arturo Serrano Plaja, con toda la amargura del dolor en sus versos; Bleiberg, Gil-Abert y muchos mas perdidos en los batallones mejores. Unos fueron soldados enfurecidos, otros oficiales o comisarios y todos su pieron cumplir lealmente su destino de hombres y de poetas.

¿Qué decir a la sombra fria de esta hora despedazada, sangrienta, sumida en el crepúsculo machetero del fascismo? Unos representan lejos de España lo que aún vive de esta, otros su fren sobre si, en las carceles de Franco, todo el horror de la hora presente. Lejos todos ellos de lo que hoy se adjudica -torpemente el nombre de la patria, es la Poesia verdadera, eterna y universal lo que ha desaparecido del area española. A llí donde esté Juan Ramón Jimenez estará siempre la España autentica, la de Garcilaso y Góngora. En cambio, donde se asienten los nombres indignos, manchados de sangre criminal, de Millan Astray, Pemán y Franco no estará jamás España por mas que ellos claven sus espuelas sobre una geografia sin contenido espiritual, sin las voces mas maternales de su suelo, sin el corazón que como Don Quijote, por la puerta falsa de su casa, sale de nuevo al campo, al mundo.

Antonio APARICIO.



Sublevación en Andalucía

SUPONEMOS con cierto fundamento que todos los españoles sin formación política que durante nuestra guerra suspiraban por el triunfo de Franco por creer que de ese lado estaba la razón y el derecho hoy día se habrán convencido del error en que estaban. Su modo de pensar se basaba en el desconocimiento de lo que ocurría en la zona nacionalista y también en las molestias e incidentes así como en los tristes hechos que lleva consigo toda revolución. Hoy día, repetimos, por poca memoria que tengan solo precisan comparar una y otra conducta. Y lo mismo que a esta zona intermedia del país ocurrirá a no pocos partidarios del fascismo y de la reacción cuando pasados los primeros tiempos de euforia contemplen la situación actual y presenten el porvenir si son inteligentes.

Para nosotros no hay nada de nuevo. No puede haber sorpresa para quien, como yo, los ha visto proceder desde los primeros días. Son las mismas maneras, el mismo estilo. Lo que desde el primer momento no tenía justificación pero se explicaba por el terror que les inspiraba lo que habían hecho, provocado. Los fusilamientos en masa, los cientos de miles de detenciones, las incautaciones y multas para adquirir unos medios económicos de que carecían. Pero todo esto tan monstruoso ¿cómo pueden seguir manteniéndolo al año de haber ganado la guerra? No encontramos mas justificación que la desconfianza y el temor que les inspira una probable segunda vuelta. Ellos, feroces, faltos de in-

teligencia, torpes, saben que su delito no puede tener disculpa ni perdón.

Por encima de todo ello llevan nuestros enemigos una enorme tara que es en la que baso yo mi esperanza en el triunfo, lo que he señalado antes: la falta de inteligencia. Ya es bastante la carencia de medios económicos que va unida a una guerra para hacer desagradable la vida al español de la hora presente para encima hacersela mas desagradable, mejor dicho tan desagradable como es hoy día en España para cualquier individuo por falta de sensibilidad que sea y exento de problemas se halle.

En estos días viene a mi memoria los primeros del movimiento en Andalucía. Aquella falsa alegría nerviosa de requetés falangistas y demás grupos reaccionarios. La influencia desde el primer día de alemanes e italianos. ¡Con qué desenvoltura actuaba en Córdoba aquel ingeniero italiano de la Electromecánica y aquel oficial alemán que desde el primer momento fiscalizó Radio Córdoba! El italiano ya había actuado impunemente pronunciando un discurso fascista en el barrio de las "Tendillas" cuando las elecciones de febrero del 36 y la Republica fué tan tiránica y cruel que le permitió seguir ejerciendo un empleo que pertenecía a un español en vez de expulsarlo de nuestro país. Por lo visto estaba convencido de la conquista de nuestro país para Italia.

Otro de mis recuerdos de los primeros días fué la actuación de los mal llamados religiosos. El primer pasquín que se fijó en las calles de Córdoba fué uno firmado por las Juventudes católicas en el que se ordenaba que la gente pasara por el centro de las calles donde hubiera iglesias o conventos sin mirar a éstos porque de lo contrario se dispararía desde dentro sin avisar.

Y ya en Sevilla la impresión horriblemente penosa al saber de tanta gente fusilada a diario sin que les causara impresión a los que se llamaban católicos y gentes de orden. Fusilamientos sin formación de causa, cuando no eran "paseos", sencillos expedientes que se instruían arrancando las declaraciones con todo genero de tormentos y horribles palizas. El espantoso hacinamiento de tanto hombre en prisiones improvisadas donde los hombres no solo no podían dormir ni lavarse ni comer, sino ni sentarse; donde la falta de espacio les obligaba a estar de pie durante días. La fijación de impuestos innume-

rables, con fiscalización de los sueldos, de las comidas, de los gastos mas superfluos, llegando a extremos tan ridículos como el establecimiento del plato único. La militarización desde el principio de las poblaciones enteras, en la que entraban mujeres y niños. Las mujeres unas "margaritas", otras "falangistas" a las que la fiscalización religiosa suprimió pronto el correaje con el pretexto de que éste marcaba de una manera ostensible el pecho. Los niños divididos en grupos de "pelayos", "balillas" - después "flechas" y "niños cívicos", hijuela de los guardias cívicos mayores. Todo esto que despues ha aumentado al final de la guerra, pues saben que los niños se divierten marcando el paso y jugando a los soldados, de esta manera van quedando envenenados y son los probables esclavos del mañana.

Pero el recuerdo mas fuerte de la Sevilla de los primeros días del movimiento es la influencia religiosa en el mismo y que demuestra la dirección que tuvo en los primeros días de él. El crucifijo impuesta a todas horas y en todas partes. La profusión de medallas y detalles religiosos en mujeres, uniformes y americanas. La enorme cantidad de religiosos que intervenían en la radio y demas medios de propaganda. La persecución a todos los elementos laicos, por muy conservadores que fueran. El fusilamiento de todos los elementos masones aunque se demostrara que eran enemigos del Frente Popular, en lo que se ve bien claro la mano jesuitica. Lo mas curioso es que en todos estos detalles se distinguían en primer término los falangistas, a pesar de llamarse pomposamente laicos. Pero sobre todo, lo que tiene el recuerdo de una pesadilla son las procesiones, procesiones a centenares que se prodigaron desde el primer momento improvisandose con cualquier motivo. Recuerdo que con el pretexto de haberse dado el milagro de aparecer la Virgen de la Macarena que se decía quemada (con lo que se demuestra que aunque los rojos hayamos sido tan malos, segun dicen, ellos han mentido descaradamente, porque, por milagro, o por lo que sea, los principales culpables de la rebelión dados por muertos, viven; y se conservan las principales imágenes que producen mas fanatismo en el país) se organizó una procesión de desgravio a la Macarena y se celebraron dos, en septiembre de 1936. Con este motivo hubo una "reprise" de la Semana Santa de Primavera, con saetas y todo; el todo es con

mucho vino, naturalmente; sin faltar como se comprenderá mantillas, flores, peinetas, y de profusión de bestas y de muchachas de la clase media, ruiditas, poco lavaditas, pero que lucían su garbo y palmito entre requiebros y frases soeces, con lo que demostraban sevillanos y legionarios su fervor religioso.

Este falso concepto de la tradición, unido a la cursilería que tanto daño ha hecho a España.

Desde el primer día se vió la falsía, la doblez, la mentira mal disimulada y que en el fondo encubría la ambición del militar español, analfabeto, que no tenía otro objeto que acaparar todas las actividades de la vida pública. La intervención y fiscalización de los religiosos en la vida privada y la imposición a todos de todas las lacras desechadas por toda persona sensible, con el pretexto de una falsa tradición.

Viendo el espectáculo que ofrece la actualidad española y muy especialmente en estos días de semana santa, vemos que no estábamos equivocados, que no era sólo la pasión política la que nos hacía pensar así y que esta nos hiciera ver deformados los hechos.

Este desfile de estos días, desfile atrumador de religiosos, de moros y guardias civiles; esta completa militarización de los niños convirtiéndolos en exhombrés desde la infancia, unidos a la constante y abrumadora detención de gente sobresaliente en todos los órdenes de la actividad humana, con especialidad intelectuales, el encarecimiento aterrador de la vida, confirman el espíritu bárbaro y vengativo que caracterizó ya el movimiento en los primeros momentos. Así como el volverse de espaldas a los problemas y resolverlo todo con mascaradas, confirma también la falta de inteligencia que caracterizó desde un principio al fascismo español,

Edmundo BARBERO

LA GUERRA DESDE FUERA

No era agradable la estancia en el extranjero en 1937. Me refiero, naturalmente, para todo aquél que sintiese de verdad la angustia de la lucha desesperada de la República. En el aspecto material, disponiendo de dinero suficiente, el fuerte contraste que se ofrecía entre la España en guerra que había dejado a mis espaldas, y Europa en una preguerra vertiginosa en la que todo el mundo tenía prisa por aprovechar el tiempo antes de sumergirse en la gran catástrofe adivinada y considerada como inevitable, invitaba a descansar de toda clase de penas y preocupaciones.

El viaje, recorriendo Europa, hasta llegar al Norte donde había de desarrollar mi trabajo, fue produciendome una impresión ingrata, punzante, bastante ajustada a la realidad de lo que mas tarde iba a suceder.

De un lado, entre los mismos que se llamaban leales, ví muchos que solo entendían de lealtad cuando de cobrar un cheque provisto por el Gobierno de la República se trataba. Otros, se dejaban embarcar en el remolino alegre e inconsciente de una seguridad en el triunfo nacida no sé de donde. Los de mas allá, incompetentes.

De otra parte supe cómo un Embajador de la República Española tuvo que mantenerse firme y exigir que por razón de su rango de Representante español, asistiese a la ceremonia de presentación de sus cartas credenciales, el escuadrón de caballería que habitualmente rendía honores. Me hablaron de cómo un monarca, en idéntica ceremonia, había preguntado si era cierto que en las filas republicanas estaban combatiendo divisiones soviéticas. ¿Desconocimiento? ¿Mala intención? Mas bien me inclino a lo segundo que a lo primero. A su pregunta hubo de respondersele por nuestro Representante: "Majestad, si tu-

viesemos entre nuestros soldados, divisiones soviéticas hace mucho tiempo que habríamos ganado la guerra".

Alguien me dijo cómo nuestra Legación en un país balcánico, estaba vigilada por la policía que detenía a toda persona que entrase o saliese de ella.

Todo eran signos de origen diferente pero de distinta dirección. Enemistad declarada por parte de unos, fuerte desconfianza hacia nuestra República y su pueblo en armas, en otros casos. La inevitable revuelta secuela de la sublevación y de la necesidad de improvisar un ejército en el brevísimo plazo de días, habían hecho imposible una selección tan escrupulosa como hubiera sido lo perfecto. Contra la República, apoyándose en estos hechos, se levantaba una ofensiva general. ¿Supimos combatirla bien? Me temo que no. Al lado del temor o escasa simpatía de los gobiernos, la influencia italo-alemana se dejaba sentir en todas las esferas, política, comercial, internacional negra de los armamentos. Encontrábamos todas las dificultades imaginables, al par que nuestros enemigos solo facilidades hallaban. Los agentes nazis y de los fascios italianos eran centros de información para el enemigo de los movimientos de nuestra flota comercial y del tráfico, tan escaso de material de guerra. Frente a Italia y Alemania que habían hecho suya la causa de Franco y amenazaban con la guerra si se frenaba su intervención, la República Española se incorporaba como un moribundo que en sus últimos momentos daba golpes a uno y otro lado. Primero esta creencia de estimarnos como cosa liquidada que en pocas semanas habría dejado de existir y luego consideraciones de tipo puramente político que, a mi modo de ver, no supimos recoger debidamente, ponían un fuerte dique a nuestros movimientos.

La resistencia permitió la organización de algunos servicios imprescindibles pero se había perdido mucho tiempo y sobre todo, nos habíamos enajenado las escasas simpatías con que podíamos haber contado unos meses antes de haberse seguido otra política interior. Ahora, aquellos que debieran haber sido nuestros mejores amigos eran nuestros peores enemigos. Ya no teníamos que luchar solamente con los adversarios declarados sino también con aquellos que mientras nos daban la mano nos acuchillaban por la espalda. No ignoro que jugaban en la política europea en aquellos meses otros factores de suma importancia para los distintos gobiernos. Carecieron ellos de visión de lo que en realidad suponían nuestros excesos y carecimos de ella nosotros que no supimos frenar a tiempo.

Organizados aquellos servicios de abastecimiento, municiones de boca y guerra, muchos y graves errores se cometieron.

Principalmente en lo que se refiere a la adquisición de armas pareció que una esponja había borrado de la memoria de los elementos responsables, los antecedentes de muchos de aquellos a quienes se envió al extranjero ampliamente provistos de dinero. Al lado de las personas leales y decentes, la mayoría de los que intervinieron en esas compras solo podían catalogarse como incompetentes, indeseables o ambas cosas a la vez. ¡Y se estaba jugando con la vida de un pueblo! Si no hubiera sido por los esfuerzos sobrehumanos de aquellos pocos, no hubiéramos recibido de todas esas comisiones ni un solo fusil, ni un solo cartucho. Hay, desde luego, que hacer las excepciones que por conocidas del pueblo español, no necesitan ser citadas.

El dinero se les escapaba de las manos y el material no llegaba a su destino casi nunca. O eran, otras veces, armas casi inservibles por su antigüedad.

Al lado de ello, traiciones, toda clase de manejos para ahogarnos. La lucha era agotadora para quienes la sostenían no solamente. Si hubieran fallado aquellos apoyos, totalmente desinteresados y desgraciadamente sin la fuerza e influencia que hubiesen sido precisas, nos hubiera resultado imposible soportar la nube de intrigas y maquinaciones que se nos echaban encima. Al decir nosotros quiero hacer referencia a todo el pueblo republicano. No era misión específica mía trabajar en estos asuntos, mas no pude hurtar el cuerpo, ni lo hubiera querido, a la labor. Como el último de los auxiliares intervine en algunos de ellos.

De estas ayudas provenían las informaciones relativas a la forma en que se realizaba el tráfico de armas para Franco en las ocasiones en que se quería disimular el constante envío de material bélico. Así supimos como un barco alemán navegaba con bandera panameña hasta Vigo u otro puerto gallego cualquiera, descargaba sus aviones y artillería pesada y regresaba a Hamburgo, donde se había destinado un muelle única y exclusivamente para el "comercio" con España, con la bandera alemana izada al tope. Una vez por semana hacia el viaje.

Por ellos conocimos lo que iba a ocurrir con unos barcos que cargados de material de guerra y tejidos, iban a emprender el viaje a España; primero, el material que se nos iba a vender, procedía, el mas moderno, de los "stocks" de deshecho de la Gran Guerra y había sido ya vendido con anterioridad a otro país que, vista su absoluta inutilidad, nos lo cedía generosamente; su condición, muy próxima a la chatarra, tanques de marcha máxima a 5 kilómetros por hora, artillería descalabrada, piezas descapaladas, munición vieja y peligrosa para

nuestros propios soldados, y la casi seguridad de que el cargamento no iba a llegar a nuestros puertos, motivó una intervención a tiempo y la cosa se arregló a medias. Eran verdaderos torrentes de dólares lo que suponía todo aquello y la desesperación de verse engañado a sabiendas y a veces con complacencias increíbles, sin poderlo evitar en la mayoría de los casos, nos ahogaba.

Cierto que no siempre éramos nosotros solos los engañados. Y así, en una ocasión, un barco bien cargado de munición de fusil, dejaba los mares del Norte consignado a un lejano país de Arabia; en realidad su destino era muy otro. No había abandonado el barco el puerto el puerto, sin que su torno se hubiesen producido hechos que encajaban en los códigos penales nacionales. Incluso, quedaba abierto un proceso criminal por la muerte de su capitán, promovido por su madre. Difícil había sido encontrar los hombres necesarios, pero se vencieron las dificultades y entre ellos, había algunos que renunciaron a las primas que se les concedían cuando el barco llegaba felizmente a su destino. Hombres leales, de probado antifascismo y dispuestos a que el cargamento no se perdiese.

Intervenía en la operación, le conocimos tarde, un sujeto domiliado en Dinamarca y de quien no encontramos rastro cuando se quiso perseguirle judicialmente, y que si bien era un sinvergüenza redomado, no tenía un pelo de tonto. Nos vendió el cargamento, pero a última hora expresó ciertas dudas sobre la lealtad del capitán. Como a nosotros no nos inspiraba desconfianza alguna, le hicimos saber que el barco salía al mando de aquél hombre o no salía. Pareció allanarse pero veinticuatro horas más tarde, el capitán fallecía repentinamente. Cuando lo llevaron a bordo estaba agonizando. Se certificó una muerte natural atribuida a no recuerdo qué causa. Nuestras impresiones eran de que había sido envenenado.

Como por encanto, aquella misma noche se presentaba en el buque otro capitán sin trabajo ofreciéndose a conducir el navío a donde se le ordenase. Un telegrama nos impuso de lo sucedido. Se respondió solicitando una demora en la salida del barco. Un segundo telegrama nos dijo que era imposible por temerse una confiscación del cargamento. Se le dieron ordenes en el sentido de que se informase debidamente y procediese a despachar el barco, haciendo que embarcase un hombre de confianza que vigilase al capitán. ¿Cómo conocía aquél hombre presentado tan a última hora, el cargamento y el destino del buque? Una precipitación de nuestro agente de compra, confió el mando del buque a un traidor.

A las veinticuatro horas de haber abandonado el puerto y an

te el radio de "sin novedad", se hacía efectivo el precio de la mercancía y unos días mas tarde cuando pasaba el buque a la altura de La Coruña, un pesquero armado que parecía estar esperandolo, lo obligó a entrar sin resistencia alguna en el puerto gallego.

Provisto de documentación que le acreditaba como expedición destinada a puerto muy lejano de España, el capitán pudo discutir la orden. No lo hizo y antes al contrario, denunció al hombre de confianza que había embarcado al salir. Nada mas llegar a tierra, fué fusilado aquél hombre leal. Comenzaron las operaciones de descarga y cuando las primeras filas de cajas de cartuchería estaban sobre el muelle, comprobaron que el resto de la carga se componía única y exclusivamente de ladridos. En castigo de la "faena" -los vendedores habían cobrado de las dos partes-, los alemanes se incautaron del buque y fué uno de los que, con otro nombre y distinta bandera, se dedicaba al tráfico regular de Hamburgo a La Coruña.

Recibida la noticia en la Oficina de Compras se nos ordenó investigar y ver de perseguir al vendedor. Y sólo entonces supe que la tripulación escogida por nosotros había recibido orden de abandonar el buque la misma noche de partida y fué substituida por otra, desconocida para nosotros.

Este es un caso; ¡Tantos se podrían contar! Hay los contrarios, naturalmente. Aquellos hombres que en barcos de poco andar se lanzaban mar adelante en busca de nuestras costas mediterráneas, cargado el buque unas veces de explosivos, otras de víveres o petroleo, pero siempre expuestos al torpedo italiano o a la bomba alemana.

Aquellos dos barcos de clorato que pasaron veinte días en el mar esperando un momento propicio para tocar en puerto leal, amenazados por la presencia de unidades de la escuadra rebelde. Cuando nos llegaba el radio anunciando que el viaje había terminado, respirábamos.

Recuerdo un barquito carbonero, de 1.500 toneladas escasas, pintado completamente de negro para pasar desapercibido en la noche; parecía el patito feo de los cuentos entre los buques blancos, relucientes, que se alineaban a sus lados en el puerto a donde fué a arribar una mañana. Cinco veces había burlado el bloqueo de Bilbao y otras tantas estaba dispuesto a hacerlo. Sus hombres, vascos, asturianos, algún andaluz y ¡un madrileño!, mandados por un santanderino, reían alborozados al encontrar por primera vez en muchos días de viaje una bandera de la República. De material sanitario, telas, agujas, no faltaría, se llenó el barco y aquél viaje fué el último que debían hacer. Al intentar una nueva salida, quedó panza arriba,

hasta que desapareció bajo el agua.

Así iba pasando la guerra para nosotros, los que estábamos fuera. Nos invadía la rabia de vernos casi indefensos y rodeados de enemigos. Por eso, cuando se nos acercaba una mano amiga y la voz leal nos proporcionaba información útil, era recibida como inmenso beneficio. Otros, llegaban a más. Supe de una tripulación que estaba dispuesta a volar un barco destinado al enemigo si no podían entregarnoslo. Mas también había traidores entre ellos. El miedo les impidió hablar mientras estaba en peligro su existencia. Inexplicablemente -luego se averiguó el por qué- un submarino que debía salir a capturarlo no llegó a tiempo. En cambio apareció un buque enemigo que lo recogió dándole escolta hasta Pasajes. Allí hablaron los traidores, eran dos, y hablaron lo suficiente para que toda la infeliz tripulación desapareciese sin dejar rastro.

¡Con qué emoción veíamos desaparecer en las bodegas las grandes cajas! Con gusto hubieramos ido detrás de ellas. Cuando levaban anclas y los últimos adioses se firmaban en el aire, parecía que se llevaban algo nuestro.

Los últimos días de aquel año me cogieron de nuevo en Barcelona. Y cuando leía nuestros partes, la noticia del bombardeo de algún barco, siempre pensaba en aquellos que seguían luchando por nosotros, jugándose su vida en la dura lucha con el enemigo doble: el mar y la aviación fascista. Semanas más tarde era yo uno más de los que recibía aquellas municiones por cuya adquisición tanto había trabajado.

Aurelio ROMEO.

SEMILLA

A LA POESIA

Es muy difícil juzgar la labor de los artistas leales a la Republica durante la guerra pasada. Habrá que esperar a que pase algun tiempo y que las emociones se sedimenten, se clasifiquen en la memoria de los artistas y den las emociones pasadas con el temblor de las almas ante un drama.

Nó se puede pedir a un pintor, un escultor, un músico, un novelista que durante la tragedia hagan ese aparte necesario para plasmar en una obra de arte lo que estan viviendo. Solo la poesia, que es quizá el arte que mas se debe a la inspiración, que es mas breve y espontaneo en su creación, ha recogido el aliento angustiado de la guerra. La sensibilidad que se quedó en carne viva de la Poesía, se hizo ver so de luz por via de los mas grandes poetas -sin excepción- de nuestros tiempos. Y se ha dado el caso de que gran parte de ellos, generosos de valor y de sangre, crearan estrofas eternas mientras guardaban entre sus brazos el fusil, a la sombra achatada de los parapetos.

Difícilmente un novelista puede hacer lo mismo. La novela requiera una mas vasta arquitectura, una continuidad y sucesión de hechos que pide reposo, análisis y hasta un largo trabajo manual. Un novelista puede recoger datos, notas para la obra de mañana, y así creo que sucederá, que estará seguramente sucediendo. Pasado el frenesí, la exaltación, el alma en vilo, los escritores abrirán ante su memoria las cortinas del tiempo que ocultan el diorama de las emo-

ciones pasadas y amorosamente, con meditación ante la amplia perspectiva sabrán dar lo vivido con relación a su sensibilidad. Es por esto por lo que no se puede juzgar la labor del novelista durante la guerra. Tenemos como punto de referencia toda la literatura de guerra europea realizada años después de la tragedia.

Identicos los pintores y escultores. No es posible realizar la gran obra plástica entre cañonazos y máxime cuando la gran mayoría defendía su ideal sobre los campos de batalla y algunos, como Barral y Pérez Mateo daban su vida en ellos.

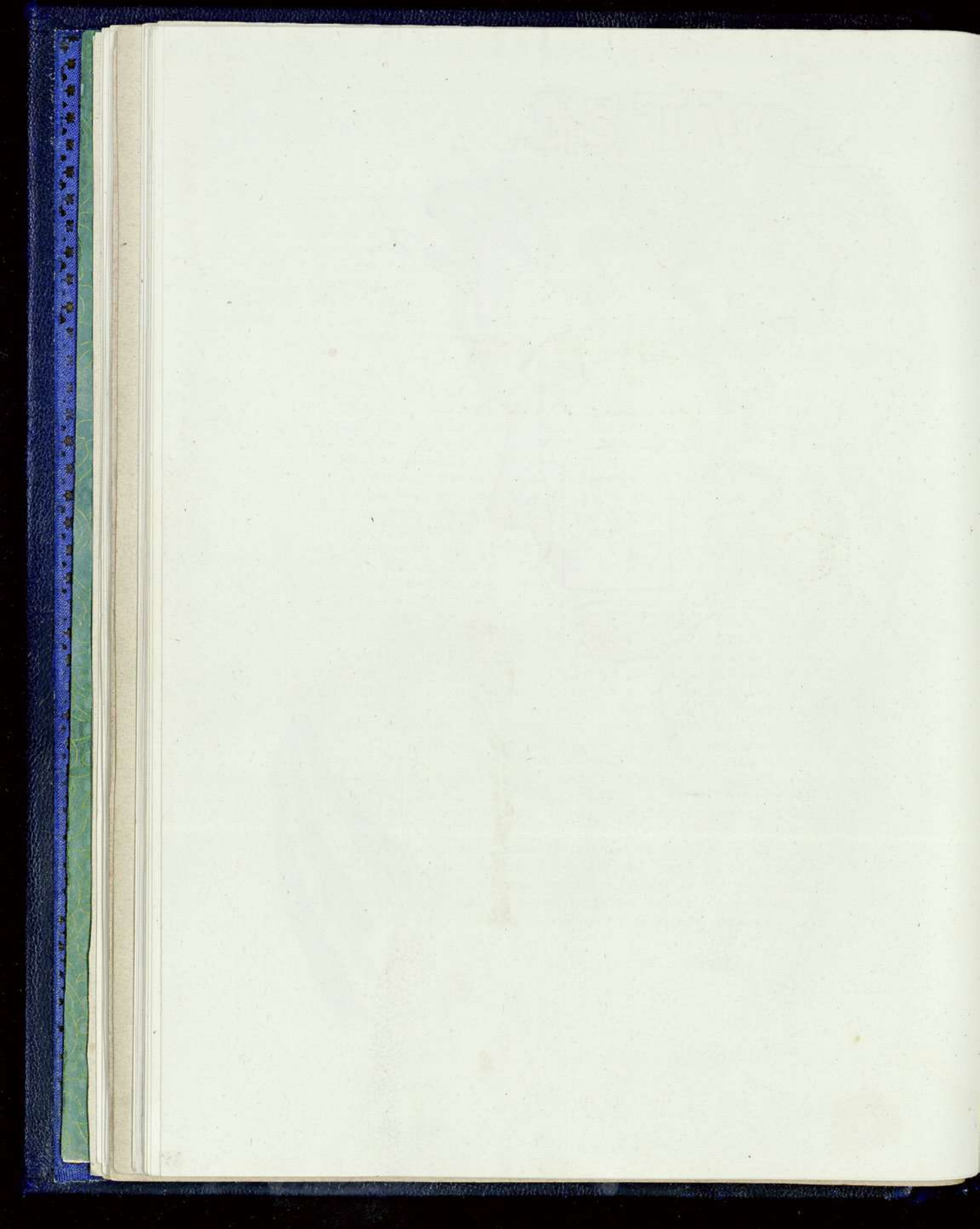
Tampoco creo que un gran compositor tenga la serenidad necesaria para organizar en su cerebro ese conjunto de armonía que constituye una gran sinfonía. Solo los himnos pueden sentirse y producirse en plena lucha. Entre nuestros músicos no han sido pocos los que han creado himnos de calidad e inmortales, los comparamos con los de nuestros enemigos. Un ejemplo admirable entre los músicos republicanos es el de Durán que llega a mandar un Cuerpo de Ejército con la máxima admiración de nuestros mejores militares profesionales. ¿Cómo se le va a pedir a Durán la creación de una sinfonía mientras dirige sus sesenta mil hombres que cierran el paso bajo los narajales de Levante a las fuerzas del fascismo?

Los dibujantes, por su parte, han cumplido su deber de forma admirable. En los primeros momentos del movimiento se pusieron casi en su totalidad a gritar con sus colores sobre los muros de la ciudad. Y fueron las primeras consignas, la advertencia, la llamada a la lucha. Los jóvenes fueron, voluntarios, unos, al frente; los otros fueron poco después llamados con sus quintas, y surge otra vez el igual a los pintores. Cuando un dibujante sale de la impresión captada en dos trazos, en el apunte, necesita igualmente un cierto sosiego.

Concretamente la guerra no ha dado, fuera de la Poesía, nada de verdadero interés, pero es la semilla que ha de florecer en un esplendor de emoción, que hará, a través de los siglos sentir el drama honroso, doloroso e injusto por el que hemos pasado.

Santiago ONTAÑÓN





Los obreros en la lucha

CUANDO se haga un balance de las actividades paralelas a la guerra, orientadas por un mismo sentido, apoyándose en las mismas esperanzas, nos encontraremos con un punto muy difícil de enjuiciar, que es la actitud de la clase obrera.

Por un lado, como todas las cosas que se examinan superficialmente y que solo se ven por un lado, habrá quien solo encuentre los factores negativos y diga, no sin razón, que ha sido la actitud de la clase obrera lo que mas ha contribuido a la derrota. Creemos que sobre este lado abundarán mas las opiniones que sobre ningun otro y que no les faltarán textos para apoyarse. Hubo tanta literatura proletaria de intransigencia y partidismo, tantas actitudes oficiales de las organizaciones orientadas a la división y la crítica hostil para los demas organismos combatientes, que podrán escribirse numerosos estudios en los que la tesis de la capacidad política de la clase obrera salga muy malparada. Y sin embargo...

Por otro lado tendría que examinarse cómo reaccionaron los obreros ante la sublevación, en qué medida han participado en la organización del Ejército popular y hasta que punto sus partidos y organizaciones han reducido sus postulados, ocupándose unicamente en robustecer la República y servirla desde cualquiera de los puestos que, por las características de la subversión habían caído en sus manos.

Hay que arrancar, para comprender las cosas, del origen del movimiento. Si entonces no hubiese estado la clase obrera en plena desorientación política viviendo una crisis uno de los partidos mas sólidos como el socialista, fijo otro, como el comunista, en la creación de unos organismos (las Alianzas Obreras) exclusivamente clasistas y participando una organización sindical -la CNT- en la agitación preparatoria del alzamiento derechista con su huelga de la construcción, absurdamente prolongada, la reacción frente a la militarada hubiese tenido desde el principio una solidez y un vigor unitario que permitiese hoy suponer una rápida derrota del enemigo.

Pero siempre que se hable de la clase obrera hay que tener presente de un lado la actividad política de su grupo dirigente y, de otro, la reacción espontánea de las masas que, aunque parezca paradójico, en muchas ocasiones tiene mayor sentido político que la de sus propios dirigentes.

Así podemos observar que mientras se enseñaban los dientes las cabezas de las organizaciones, en la base no prendían afortunadamente tales argumentos y seguían unidos, aunque las miradas estuviesen en algunos instantes cargadas de rencor desconfiado.

Llegados ya a este punto conviene señalar las características de otros errores. En primer lugar nos encontramos con una concepción falsa de la situación. Se trata, según muchos, no de defender la República, sino de considerarla culpable de la sublevación por la debilidad de su política, y derribarla simultáneamente con la derrota del fascismo. Esto sería un punto de vista acertado si estuviese ya preparado ante las masas el régimen que había de sustituirla, o si la clase obrera, como tal, hubiese tenido un solo partido de clase capaz de orientar todas las esperanzas y concentrar la acción revolucionaria. Pero no existían estas condiciones y en este caso todo aquello de hablar de revolución no podía contribuir mas que al mantenimiento de una situación de indisciplina de resultados desfavorables para la lucha en que nos habíamos visto envueltos.

Entonces las cosas toman un aspecto divergente. En Madrid, la mayor capacidad política de las masas, aleja pronto del lenguaje el mito revolucionario y se atiende fundamentalmente a las necesidades de la guerra. Se alzan voces hablando de una guerra larga, se pide -y se comienza practicamente a hacer- la for

mación de un Ejército republicano popular. Mientras, de Barcelona y Levante, vienen periodicos en los que la palabra revolución esta repetida abundantemente en el texto y, detras de ella, justificados los mayores disparates de tipo político y económico.

Son dos las tendencias dominantes en la clase obrera en España. En aquellos momentos son dos las conductas. Y si bien es cierto que las realidades obligan al abandono de intransigencias doctrinales, no lo es menos que la fricción constante entre las dos concepciones esteriliza muchos esfuerzos y convierte la clase obrera, como tal, en un cuerpo de poca vibración, difícil de someter a un ritmo, lleno de reservas y problemas. Un organismo, en fin, que pedía una autoridad vigorosa a su frente en lugar de las timidas contemplaciones y suaves consejos que les hacían medir vanidosamente sus propias fuerzas.

No quiero decir, -alejense los suspicaces- que la clase obrera tenga que ser manejada autoritariamente, y menos por sistema. Pero si que ella, como elemento de mayor responsabilidad dentro de la lucha que teníamos planteada, exigía un mando enérgico, una fijación perfecta de los límites de sus atribuciones, una movilización, en fin, de todas esas fuerzas hacia el objetivo único de la lucha, que debió fijarse claramente como: derrota del fascismo y conservación de la República.

Durante la guerra he ocupado puestos que me han hecho no perder el contacto con las masas trabajadoras. Se, por eso, que el íntimo aliento suyo era ser puestas más al servicio de la guerra. Y me ha tocado actuar en asambleas en las que los propios trabajadores de mi profesión pedían ser incluidos en los llamamientos de quintas y la militarización de los servicios ferroviarios. Pedir a un Gobierno de guerra que adopte medidas elementales de guerra, significa hasta que punto la timidez gubernamental estaba inspirada mas por la literatura política de los comités obreros que por la propia situación moral de las masas. Así volvemos a salir a lo que antes señalaba de que se precisa tener siempre en cuenta la diferencia entre comités y masas, cuando se quiera hacer un examen de la actividad proletaria.

¿Que se obtuvo en definitiva? Separados los trabajadores de los fines de la guerra por ese muro incompreensivo y estrecho formado por los comités. Colocado el Gobierno al otro lado del mismo tabique, ni pu-

do dirigir éste ni aquellas evitar caer en la desmoralización. Se nos dirá ¿por qué no derribaron esos comités? Pero, si se supiera cuántos esfuerzos se hicieron para ello y cuánta desmoralización vino de esta misma imposibilidad en deshacer un aparato pernicioso que se escudaba precisamente en la consigna de ganar la guerra para seguir inmóviles en sus puestos, se comprenderá cómo tenía que esperarse del único órgano de autoridad, el Gobierno, la solución de aquella anormalidad.

Justifico, sí, la clase obrera, pero no como tal. Comprendo, lo que he visto a lo largo de la guerra, aquella huida general de los mejores trabajadores de los organismos sindicales y su disciplina, acogiendo se a un voluntariado para los frentes o a otras funciones mucho mas en consonancia con la guerra que la mezquina tarea de enfrentarse en cada instante con los dirigentes de uno u otro organismo tomando la lucha como las vacas gordas de la burocracia "controladora".

Como lo peor que podemos hacer es pasar por las cosas sin que nos dejen ninguna experiencia, creo que la guerra nos ha permitido sacarlas en todos los terrenos y que haremos mal en olvidarlas por un estrecho sentido partidista o clasista. Por eso, para siempre, hay que grabarse esto en la cabeza: nunca mas una división sindical, que, en último extremo, y si es preciso, deberá ser impuesta por el Estado; nunca más un Gobierno sin autoridad y sin confianza de que esta autoridad no vaya a ser bien recibida por las masas. Como el soldado pelea mejor bajo el mando de un jefe energico que haya comenzado por imponer una disciplina a sus fuerzas, así los pueblos, y más en guerra, solo conservan su moral y duplican sus fuerzas, si a su frente tienen un equipo dirigente que sepa imponer un orden a las cosas. En los dos sentidos de la palabra.

Pablo DE LA FUENTE

BOMBARDEOS

BARCELONA se mece placidamente apoyada en los brazos sólidos de Montjuich y el Tibidabo y a sus piés la sábana tranquila y azulada del Mediterraneo baña los esqueletos renqueantes y activos de su zona portuaria. Pero no todo es calma, placidez, por las calles de la ciudad circulan vehículos con grandes pancartas y desde ellos a través de megafonos improvisados, múltiples oradores aregan a los transeuntes a unir sus esfuerzos en defensa de la República democrática de Frente Popular y a su Gobierno de Unión Nacional presidido por el doctor Negrín. Todo a lo largo de las Ramblas y Paseo de Gracia se forman grupos y se dirigen alocuciones. Los uniformes caquis menudean y son nervio de una muchedumbre heterogénea que, enardecida, saltará dispuesta a defender el régimen y los principios de igualdad y equidad y mejoras políticas y sociales de todo orden que la República instituyera en todo el suelo nacional.

Parece despertar de un periodo letárgico en el cual hubiera estado sumida a partir de los primeros días de la sublevación militar, aquellas horas en que se derrochó el valor y se dieron pruebas entusiastas en ofrenda abnegada hasta hacer fracasar la militarada.

Hasta ahora, Barcelona había caído en la molición de su clima mediterráneo. Tras de vencer la sublevación su vida se había reorganizado sobre una base de calma y tranquilidad, que el resto de España en pleno batallar desconocía. La gran capital catalana había estado dormitando. Sus frentes eran guardados principalmente con voluntarios, y su industria recobra-

ba su ritmo habitual, pero sin prestar toda su potencialidad a la industria militar tan necesaria para nosotros. Tarde hubo de comprender su error. Sus fronteras no estaban en los límites de las provincias aragonesas. Existía un frente aéreo invisible, y un frente marítimo.

Su vida en el año 37 volvía a ser muelle como antes del 18 de Julio. Las comodidades de la bella población hacían de ella una retaguardia envidiable, bien abastecida, iluminada profusamente, divertida y alegre siempre con un gesto de "non chalance" ante la hoguera inmensa en que España se incineraba.

Pero la guerra siguió haciendo presa y abarcando con sus tentanzas una mayor profundidad. Los frentes se agrandaron, las retaguardias dejaron de serlo. Barcelona como Madrid sufriera en el tiempo de sus gestas más heroicas, empezó a sufrir los ataques crimonosos y repetidos con saña feroz de las alas negras símbolo del imperio italo-alemán en la España Nacional. Fueron estas primeras bombas las primeras llamadas que encontraran eco en su conciencia liberal obliterada hasta entonces por los hoteles lujosos, los menús abundantes, los cabarets galantes y, en una palabra la vida cómoda y confortable de la industriosa ciudad.

Su despertar fue sin duda violento. Llegaron los días del mes de Marzo de 1938. Los facciosos preparaban su ofensiva en el frente del Este que habría de conducirles según sus planes a contemplar el "editerraneo desde el mirador barcelonés en quince días. Como medida preparatoria acercaron sus uñas de alimaña en la retaguardia indefensa gracias al Comité de no intervención que, ya en el mes de Julio del 36, acordara la total indefensión de la República Española. El cielo de Barcelona perdió su transparente nitidez azulada y su alegría. Vistió los ropones luctuosos y el aire enturbiose con el polvo que arrancaba la metralla. Mediaba Marzo. Una segunda Semana Trágica, muchísimo más trágica que aquella que en 1909 bajo el Gobierno Maura se desarrollase, se enseñoreó ahora de la ciudad. Esperaban quebrantar de este modo la moral de la retaguardia pero solo consiguieron exacerbar el espíritu de resistencia a toda costa para acabar con tanta iniquidad.

Víctimas, siempre más víctimas tenían con su sangre "roja" las calles y los escombros de sus edificios derrumbados. Ros tros infantiles unían su última mueca de espanto a los rojizos ladrillos fragmentados y a los ciclópeos bloques graníticos no se sabe por qué fuerza enorme desplazados de sus bases. Nubes fantásticas de polvo, maderas, fragmentos, etc, se alzaban en remolinos vertiginosos hacia el cielo como tendiendo brazos mutilados y difusos de una ciudad hacia el azul que tan

barbaramente flagelaba sus cuerpos. Barcelona hervía en las ascuas de sus edificios destruidos y un grito unánime coronaba los lamentos de los heridos presidiendo la marcha silenciosa de los que entregaban sus vidas en anónimo sacrificio: "necesitamos cañones, necesitamos aviones para defender nuestros hogares y defender la República". Pero estos gritos al traspasar las fronteras se disolvían en las alturas pirenaicas.

Arriba, los aviones de Franco gozaban el espectáculo vertido de sus manos. Revoloteaban una y otra vez como aves de rapiña siniestras, y sus bombas escindían nuevos cuerpos y la sangre fluía con mayor ímpetu. Sangre "roja" al fin y al cabo encontró su eco en millares y millares de litros de sangre roja también que golpeando frenética en sus conductores levantó los pechos con un redoblado espíritu de lucha.

Barcelona perdió por completo su anterior laxitud. Recobró el temple necesario. Cesó el trágico exilio a la campiña que aquella semana provocase en los aterrados catalanes. Las gentes atemperaron su ánimo a la crueldad facciosa y se negaron en redondo a hacerle el juego al enemigo dejándose amedrentar.

Empezó la etapa estoica de los bombardeos brutales y constantes. Barcelona se aprestó a resistir, callada y sufrida, los quintales de metralla con que casi diariamente y a veces en mas de una ocasión por día, los Junkers, los Heinkels, los Dornier, alemanes, y los Savoias italianos, rociaban a la población y a sus habitantes.

Los catalanes recordarán siempre aterrorizados y suspenso el aliento los días de estos bombardeos aéreos: "La salvación del alma a través de ringleras infinitas de cuerpos amortajados que les descendía de las alas proclamadas defensoras del Imperio hacia Dios".

Quien haya sufrido un bombardeo en población conservará el espíritu mutilado para toda su vida ante la imagen trágica de intenso patetismo de esos minutos breves en que la muerte y la vida en rápida porfía se disputaban sus presas.

No quiero, porque esto sería hacer interminable, hacer una descripción aunque fuera somera de cada uno de los bombardeos. Me contentaré con recordar simplemente uno de tantos.

"Son las siete de la tarde. En una gran avenida dando frente a un esbelto monumento público, abre al viento sus numerosas ventanas un gran edificio. Antiguo convento, su parte superior culmina en una torre, y en su frontón hay la efigie de un santo. Un patio central muestra las ojivas mudejares de sus arcos, asentadas en los finos nervios de sus pilares. A su alrededor, varios pisos superponen sus claustros en los que las celdas estan substituídas por pequeñas salas de blancas

paredes conteniendo tres y cuatro camas. Cada una de ellas os tenta un número y una complicada gráfica. Sobre ellas tratan de reposar su dolor cuerpos maltrechos y deformes por la avidez de la metralla hacia su carne. Sus rostros muestran las huellas indelebiles de un sufrimiento físico agudo. Algunos tienen las piernas sostenidas en caballetes especiales mientras un hilo de plata en forma impresionante perfora su tobillo. Otros exhiben sus brazos en cabestrillo y sus cabezas vendadas en gran parte. Algún otro mira al vacío desde el fondo de sus pupilas enfebrecidas, silbante el pecho, como si el tiempo va go fantasma que ha de reintegrarle la salud, cabalgase loco en el espacio. Las enfermeras atienden a unos y otros con atención solícita. Son jóvenes y muchas de ellas, bonitas; todas, afables y dispuestas a cubrir con su bondad y afecto la estancia de los heridos en el hospital.

Las salitas están iluminadas por lámparas azules. La penumbra es agradable para los ojos del herido. La luz suave acaricia blandamente. Los rostros se dulcifican y pierden dureza. Las heridas, en cambio, se tornan de aspecto feo y anfractuoso, pero no se ven; están bajo los vendajes.

Desde la calle trasciende todo el clamoreo de una ciudad en plena ebullición activa. Las bocinas de los coches alternan con los chirridos de los frenos y los pasos apresurados de los peatones que regresan de su trabajo bajo la bóveda amenazadora de la noche. Las voces toman singular sonoridad al gatear por las ventanas e introducirse en las estancias silenciosas. Se oyen también gritos y a los voceadores de periódicos, y de vez en cuando el paso de un tranvía con sus retemblores soridos de metal sometido a roce apretado.

De pronto suena la señal de alarma. Nace como en un rincón olvidado y va creciendo semejante a un cono sonoro de amplia base, aumentando siempre hasta apoderarse de toda la ciudad a media luz. Las luces se apagan lentamente como perezosas de perder su luminosidad. Por unos instantes el clamor callejero se agudiza. La circulación rodada se adivina mas rápida y un poco dislocada. Las pisadas precipitadas como de rebaño asustadizo se agolpan y forman un rumor extraño mezcladas a las voces agudas y temblorosas, llamandose unas a otras y saliendo de cuerpos atemorizados que buscan anhelosos un refugio.

¡Cuántas mujeres y niños se habrán encogido en esos instantes y arrimados a una pared maestra buscando una protección inexistente!

En la sala, el dolor físico deja paso a un dolor moral mas profundo. La impotencia se suma a la indignación y nos hace rebelarnos con toda energía. La luz azul se apaga también y

quedamos sumergidos en un mar de negruras, el corazón comprimido y la angustia en los labios; el silencio se ha profundo, tajante, es como si hubieran vaciado la ciudad y en su lugar solo quedasen descampados. El éter recoge y transmite el run-runeo metálico de los aviones agresores. La ciudad duerme en vigilia, y miles de ojos vuelven sus miras al cielo ancho indagando inutilmente los puntitos negros.

El herido trata de incorporarse en la cama. La ventana queda cerca de su lecho, pero a sus ansias de ver solo le brinda un reducido cuadro negro. Pronto el cuadrado se raya en cruces móviles y brillantes por los haces de los reflectores que triangulan el cielo. La lucha desigual va a comenzar. El mosconeo es ahora tan fuerte que el pecho vibra a su vibración. La angustia se hace muy superior a todos los dolores físicos. La fiebre cede para saborear con amargura el nuevo ultraje a la población inerme.

En la ausencia de otro sonido en las calles apagadas como de ciudad abandonada suena una campanilla. ¿Habeis oído alguna vez ese tañido lánguido, ténue, de las campanillas de las ambulancias? En el silencio absoluto parecen ser de cristal por la fragilidad de sus tintineos. Semejan esquilas camino de un remanso, pero ¿qué remanso es el que van a buscar las ambulancias? Son los distritos que seguramente serán afectados por el bombardeo, y van calladamente, silenciosamente, anunciadas por ese tintineo lúgubre, presagio de nuevas víctimas.

Un disparo seco hace retremblar los cristales; las paredes parecen ceder también a su contundencia y tambalearse. La cama registra en sus muelles el estampido al que siguen desordenadamente otros muchos. Los antiaéreos entran en fuego con violencia inusitada. Son pocos pero defienden el terreno. Otros disparos mas reducidos, de ametralladora, corean a los grandes, y largas teorías de lucecitas rojas como refulgentes cuentas de un collar de coral, sesgan el cristal alternando y entrecruzandose con las franjas blancas. Por un momento se diría estar presenciando fuegos de artificio, pero bajo tan chispeantes luminosidades la vida gime y vacila sus llamas. La muerte se dispone a posar sus manos no sabemos todavía donde.

Un silbido continuado, dos, tres, muchos silbidos perforan como taladros el espacio y preceden con su crescendo espantoso la invisible carga mortífera que busca a sus víctimas.

¡Bang bang! ¡Bang bang! ¡Bang bang! Las terrazas y azoteas vecinas se perfilan netamente. Un resplandor se extiende sobre la ciudad. Un nimbo purpúreo se apodera por asalto de la oscuridad robándole espacio a las sombras; algo arde y se consume en gruesas columnas de denso humo negro. El sonido de los mo-

tores se va amortiguando en la lejanía, los disparos se hacen mas espaciados, las lucecitas rojas se oblicúan, se oblicúan y ya casi horizontales cesan de verter su color animoso, color de sangre, de sangre roja, como la que en estos momentos desangra los cuerpos infantiles, los pechos maternales, y los pechos mas rícos de sus padres y hermanos.

El silencio se rompe; desde el encintado y de las casas circundantes llegan las respiraciones hondas, aliviadas del terror que las tuviera suspendidas. El movimiento vuelve. El hormiguero reanuda su actividad. Las voces y las conversaciones son ahora mas fuertes, y en ellas destaca el nervio de una voluntad indomable rebelada contra la salvaje agresión. La circulación rodada recomienza ahora pausada como si los motores estuvieran relajados tambien por la tensión sostenida. La campanilla de cristal vuelve a sonar ahora mas arrebatada y a sus llamadas la gente se aparta presurosa. La ambulancia se pierde entre el rodar de los coches y de los camiones.

Por las ramblas sube un camión despacio. Nadie pregunta nada. La triste verdad abre camino a su lento deslizarse. Miradas de luto se cierran sobre él. Lleva las víctimas, las de hoy, las correspondientes al día de hoy que no son las de mañana ni las de pasado, que serán otras tan inocentes y tan barbaramente inmoladas pero que serán transportadas en otro camión y a otra hora.

El herido, el enfermo, pasado el momento de excitación regresan al dolor físico de sus males, el alma anegada y el ánimo conturbado, pero mas firme que nunca ante la idea de reivindicar la República y acabar con los crímenes de guante blanco.

Días sangrientos e impresionantes los días de bombardeo en Barcelona. Centenares de muertos, millares de casas destruidas, es el balance. Pero para qué insistir?, las democracias habian decretado nuestra suerte, y su Comisión para dictaminar la naturaleza de los bombardeos, la llegada de cuyos miembros coincidiera con uno de los mas espantosos bombardeos en el mes de Julio, habría de condolerse de tanta víctima inocente, pero no daría ningún paso definitivo hacia la resolución del problema, a excepción de condolencias y condenaciones morales.

Hoy, las democracias abocaron a una situación planteada que debieron afrontar entonces. No lo hicieron por cobardía. Ahora tienen que enfrentarse con quienes alimentaron nuestra guerra e hicieron posible la victoria de los facciosos, sin la neutralidad benévola que les hubiera brindado la España republicana. La triste realidad descarnada llevará a sus ciudades los horrores que sufrieron las nuestras ante su impasibilidad.

El día 28 de Marzo hará un año que cesaron las hostilidades y acabaron los sangrientos bombardeos. Pero en su substitución empezaron su actuación los tribunales militares del faccioso Franco. Las rosas mas rojas, y otras que aun no siendolo se volvieron así al ser desgarradas, fueron cayendo arruinando el mas hermoso rosal del jardín español. Derrotados hoy, pero no vencidos, los nuevos brotes, rosas del mañana unidas a las que se salvaron del pisoteo, anegarán el campo español por su aroma cálido y fragante de justicia, en un día quizás no muy lejano. Sobre los escombros de la República Española a puñalada y ultrajada, las raices firmes de nuestra fé harán nacer de nuevo el fruto que perdimos ahora hace un año, con un mayor vigor y lozanía.

Tengamos un recuerdo solemne para todos nuestros Caidos.

Julio ROMERO.

CUADERNO DE POESIA



DE
GUERRA

RAFAEL
ALBERTI

Y

MIGUEL
HERNANDEZ

Hubieramos querido poner aquí una selección de la poesía de combate que floreció durante la guerra. Las limitaciones materiales y carencia de textos impuestas por nuestra especial situación, nos han impedido dar a esta selección la variedad que le pertenece. Al lado de los nombres de Alberti y Hernandez habrían de estar, a ser posibles nuestros deseos, los de Prados, Altolaguirre, Plaja y otros mas.

RAFAEL ALBERTI

I

GALOPE

Las tierras, las tierras, las tierras de España,
las grandes, las solas, desiertas llanuras.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
al sol y a la luna.

!A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

A corazón suenan, resuenan, resuenan
las tierras de España en las herraduras.
Galopa, jinete del pueblo,
caballo cuatralbo,
caballo de espuma.

!A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

Nadie, nadie, nadie, que enfrente no hay nadie;
que es nadie la muerte si va en tu montura.
Galopa, caballo cuatralbo,
jinete del pueblo,
que la tierra es tuya.

!A galopar,
a galopar,
hasta enterrarlos en el mar!

II

A LAS BRIGADAS INTERNACIONALES

Venis desde muy lejos... Mas esta lejanía,
¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?

La necesaria muerte os nombra cada día,
no importa en que ciudades, campos o carreteras.

De este país, del otro, del grande, del pequeño,
del que apenas si al mapa da un color desvaldo,
con las mismas raíces que tiene un mismo sueño,
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.

No conocéis siquiera el color de los muros
que vuestro infranqueable compromiso amuralla.
La tierra que os entierra la defendéis, seguros,
a tiros con la muerte vestida de batalla.

Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
las mínimas partículas de la luz que reanima
un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!
Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.

III

MADRID - OTOÑO

Ciudad de los mas turbios siniestros provocados,
de la angustia nocturna que ordena hundirse al miedo
en los sótanos lívidos con ojos desvelados,
yo quisiera furiosa, pero impasiblemente
arrancarme de cuajo la voz, pero no puedo,
para pisarte toda tan silenciosamente,
que la sangre tirada
mordiera, sin protesta, mi llanto y mi pisada.

Por tus desnivelados terrenos y arrabales,
ciudad, por tus lluviosas y ateridas afueras
voy las hojas difuntas pisando entre trincheras,
charcos y barrizales.
Los árboles acodan, desprovistos, las ramas
por bardas y tapias
donde con ojos fijos espían las troneras
un cielo temeroso de explosiones y llamas.

Capital ya madura para los bombardeos,
avenidas, de escombros y barrios en ruinas,
corre un escalofrío al pensar tus museos
tras de las barricadas que impiden las esquinas.

Hay casas cuyos muros humildes, levantados
a la escena del aire, representan la escena
del mantel y los platos todavía ordenados,
el drama silencioso de los trajes vacíos,
sin nadie, en la alacena
que los biseles fríos
de la menguada luna de los pobres roperos
recogen y barajan con los sacos terreros.

Más que nunca mirada,
como ciudad que en tierra reposa al descubierto,
la frente de tu frente se alza tiroteada,
tus costados de árboles y llanuras, heridos;
pero tu corazón no lo taparán muerto,
aunque montes de escombros le paren sus latidos.

Ciudad, ciudad presente,
guardas en tus entrañas de catástrofe y gloria
el germen mas hermoso de tu vida futura.
Bajo la dinamita de tus cielos, crujiente,
se oye el nacer del nuevo hijo de la victoria.
Gritando y a empujones la tierra lo inaugura.

2

!Palacios, bibliotecas! Estos libros tirados
que la yerba arrasada recibe y no comprende,
estos descoloridos sofás desvencijados
que ya tan solo el frío los usa y los deriende;
estos inesperados
retratos familiares
en donde los varones de la casa, vestidos
los mas innecesarios jaeces militares,
nos contemplan, partidos,
sucios, pisoteados,
con ese inexprésable gesto fijo y oscuro
del que al nacer ya lleva contra su espalda el muro
de los ejecutados;
este cuadro, este libro, este furor que ahora
me arranca lo que tienes para mi de elegía
con pedazos de sangre de tu terrible aurora.
Ciudad, quiero ayudarte a dar a luz tu día.

IV

EL ULTIMO DUQUE DE ALBA

Señor duque, señor duque,
 último duque de Alba,
 mejor, duque del Ocaso,
 ya sin albor, sin mañana.
 Si tu abuelo tomó Flandes,
 tú jamás tomaste nada,
 solo las de Villadiego,
 por Portugal o por Francia.
 Si tu abuelo, cruel, ilustre,
 lustró de gloria tu casa,
 tú lustraste los zapatos,
 las zapatillas, las bragas
 de algún torero fascista
 que siempre te toreara.
 Si tu abuelo a Carlos V
 le abría con una lanza
 la bragueta emperadora
 antes de entrar en batalla,
 tú, en cambio, las manos trémulas,
 impotente, abotonabas
 los calzoncillos reales
 del último rey de España.
 Si a tu abuelo, el tercer duque,
 Ticiano lo retratará,
 tú mereciste la pena
 de serlo por Zuloaga.
 Un pincel se bañó en oro,
 el otro se mojó en caca.
 Duque, perdiste la aurora,
 celador honoris causa
 de El Prado, donde, desnuda
 la duquesa Cayetana,
 tú eras bedel del ombligo
 que Goya le destapara.
 Talento heredado, duque,
 fortuna y gloria heredadas
 son cosas que el mojar día,
 de un golpe, las lleva el agua.
 Vuelvete de Londres, deja,
 si te atreves a dejarla,
 la triste flor ya marchita,
 muerta, de tu aristocracia,

y asoma por un momento
los ojos por las ventanas
de tu palacio incautado,
el tuyo, el que tú habitaras;
súbeles las escaleras,
paséalos por las salas,
por los salones bordados
de victoriosas batallas;
bájalos a los jardines,
a las cocheras y cuadras,
páralos en los lugares
más mínimos de tu infancia,
y verás cómo tus ojos
ven lo que jamás pensarán:
palacio más limpio nunca
lo conservó el pueblo en armas.
Las Milicias comunistas
son el orgullo de España.
Verás hasta los canarios
igual que ayer, en sus jaulas;
los perros mover la cola
a sus nuevos camaradas;
y verás la que contigo
servidumbre se llamaba,
ya abolidas las libreas,
hablar de ti sin nostalgia.
Señor duque, señor duque,
último duque de Alba:
los comunistas sabemos
que la aurora no se para,
que el alba sigue naciendo,
de pie, todas las mañanas.
Si un alba muerta se muere,
otra mejor se levanta.

MIGUEL HERNANDEZ

I

SENTADO SOBRE LOS MUERTOS

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Acercate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.

Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin que ponerse,
hambriento y sin que comer,
y el día de hoy amanece
justamente abombrascado
y sangriento justamente.

En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.

Aunque te falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva y te queden
corazón, entrañas, tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.

Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus heroes:
tus ansias como las mías,
tus desventuras que tienen
del mismo metal el llanto,
las penas del mismo temple,
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.

II

ROSARIO, DINAMITERA

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario,
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano, porque de ella,
que ni un solo dedo agita
se prendó la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

III

CANCIÓN DEL ESPOSO SOLDADO

He poblado tu vientre de amor y sementera,
he prolongado el eco de sangre a que respondo
y espero sobre el surco como el arado espera:
he llegado hasta el fondo.

Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de cierva concebida.

Ya me parece que eres un cristal delicado,
temo que te me rompas al mas leve tropiezo,
y a reforzar tus venas con mi piel de soldado
fuera como el cerezo.

Espejo de mi carne, sustento de mis alas
te doy vida en la muerte que me dan y no tomo.
Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Sobre los ataúdes feroces en acecho,
sobre los mismos muertos sin remedio y sin fosa
te quiero y te quisiera besar con todo el pecho
hasta en el polvo, esposa.

Cuando junto a los campos de combate te piensa
mi frente que no enfría ni aplaca tu figura,
te acercas hacia mí como una boca inmensa
de hambrienta dentadura.

Escríbeme a la lucha, siénteme en la trinchera:
aquí con el fusil tu nombre evoco y fijo,
y defendiendo tu vientre de pobre que me espera,
y defendiendo tu hijo.

Nacerá nuestro hijo con el puño cerrado,
envuelto en un clamor de victoria y guitarras,
y dejaré a tu puerta mi vida de soldado
sin colmillos ni garras.

Es preciso matar para seguir viviendo.
Un día iré a la sombra de tu pelo lejano,
y dormiré en la sábana de almidón y de estruendo
cosida por tu mano.

Tus piernas implacables al parto van derechas,
y tu implacable boca de labios indomables,
y ante mi soledad de explosiones y brechas
recorres un camino de besos implacables.

Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
Tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer* y un hombre gustados por los besos.

NOTAS DE LECTURA

PREPARACION Y DESARROLLO DEL ALZAMIENTO NACIONAL, por FELIPE BELTRAN GUELLE

No cabe, naturalmente, hacer crítica de los valores literario o humanos que pudieran existir en una obra del tipo de la que nos ocupa, porque este carece totalmente de ellos. Todo su valor, si es que lo tiene, no vierte sobre el campo nacionalista a cuyos afanes ha dedicado su autor los mayores desvelos, sino antes al contrario, constituye una prueba mas -como si fueran pocas!- de la gran traición, de la falaz existencia de complots revolucionarios -somos generosos al llamarlos revolucionarios- de las derechas españolas.

Justifica el señor Beltran Guell el Alzamiento nacional porque "algo mas grave se descubre dias después: que, de acuerdo con varios ministros, LOS PARTIDOS OBRERISTAS PREPARAN PARA EL 1 DE AGOSTO LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO LIBERTARIO EN TODA ESPAÑA. Esto sucede en el año 1936. Claro que parece olvidarse que pocas páginas mas allá aprendemos que el 1 de Junio de 1931, mes y medio después de proclamarse la República, ya se celebraban reuniones monárquicas a las que asistían aristócratas y militares para estudiar "las posibilidades de un movimiento anticomunista". Es curioso recordar cómo en las Cortes Constituyentes que empezaron a funcionar por aquellas mismas fechas, "no había ni un solo diputado comunista". ¿Donde estaba el movimiento comunista? ¿Para qué y contra qué iba a nacer un movimiento anticomunista?

¿Qué influencias comunistas eran aquellas que tenían nuestras derechas, si cuando se produce el golpe del 10 de Agosto, no se ejecuta ninguna sen-

tencia de muerte, ni tan siquiera contra el jefe del movimiento, condenado por el mas alto tribunal de la República, e indultado?

Es todo el libro una cadena ininterrumpida de demostraciones de la bajeza y manejos cobardes de civiles y paisanos, de los que hoy constituyen el nervio del estado nacionalsindicalista. Pero es tambien una enseñanza para nosotros, hemos de tener muy en cuenta cómo la inexplicable actitud de un ministro de la República tolera una carta como la que el general Franco le remite y en la que se advierte el propósito claro de sublevarse.

Nada hemos de decir de la suerte desdichada que han corrido los programas políticos y sociales que en el libro se enuncian. Solo se están cumpliendo en su aspecto negativo, el de destrucción. De lo positivo nada se ha hecho y nada se hará a juzgar por los impulsos que animan a sus mantenedores.

Puede estar tranquilo el señor Beltran Guell: su labor ha sido bien comprendida y estimada en su justo valor tanto en un campo como en el otro. En el ajeno porque la adulación, los gritos de histerismo redencionista son siempre bien acogidos: a veces, incluso se premian con un buen puesto. En el nuestro, porque su libro constituye un testimonio fehaciente que viene a justificar las "persecuciones" de que fueron objeto sus afines elementos durante los años republicanos.

Y tambien sería inútil querer negarle un perfecto estilo folletinesco al reseñar las ordenes que la masonería y Rusia enviaban a España para la eliminación de elementos peligrosos. Difícil sería suprar en truculencia esa organización tan perfectamente montada, llevada al detalle incluso sobre el número y armamento de los hombres que debían componer cada

grupo ejecutor de personalidades políticas y militares. Lo inexplicable es que fallase tan rotundamente cuando el momento de actuar hubo llegado y que actúen aquellos personajes pudieran vivir -mal o bien- en la zona roja, una vez estallada la guerra.

En cuanto a la parte histórica carece de todo interés. Se limita a señalar aquellas acciones militares en que las tropas facciosas obtuvieron algún éxito y, por el contrario, califica de percañes aquellas otras en que sufrieron duras derrotas. A través de estas páginas llegan a nosotros los nombres de los militares y civiles que, leales a su palabra unos, a sus ideas otros, permanecieron en sus puestos hasta que el fusilamiento puso término a su heroica actuación.

No podía faltar la baba en su obra: cuando se refiere al fin del general Batet, laureado y hombre de honor, si bien no puede silenciar el alto espíritu de ese hombre -"Las últimas horas del general fueron altamente ejemplares en religiosidad y patriotismo. Es muy de lamentar que en momentos trascendentales para el país no comprendiera donde estaba el deber de un buen militar"- quiere disfrazar su energía y lealtad con lo que ellos llaman "religiosidad y patriotismo". No lo pueden ni podrán ocultarlo nunca: hombres de sentimientos religiosos profundos, pero de honor mucho más profundo todavía, supieron morir leales a un régimen al que habían jurado fidelidad.

Como el general Batet, desfilan por las páginas del libro otros hombres que la República no podrá olvidar nunca levantando su nombre a la altura que el auténtico honor militar republicano merece.

A.R.

" "

EL NUEVO ESTADO ESPAÑOL.- por JUAN BERNETO PEREZ.- Sin entrar en un estudio completo del libro voy a examinar alguno de los puntos del mismo.

Examinando lo que él llama causas de la crisis del estado no podemos por menos de estar conformes con el autor de que en los momentos presentes hay una

crisis que se debe a alguna de las causas que expone. La crisis del Estado actual es debida en gran parte a que es un Estado clasista. La Revolución Francesa elevó al poder a la burguesía y constituyó un Estado en beneficio suyo exclusivamente.

Indudablemente, otra de las causas es que el primitivo Estado liberal no puede subsistir ante el continuo crecimiento de las obligaciones del propio Estado y en la necesidad de evitar que las fuerzas plutocráticas de las naciones dirijan a estas aun en contra del propio Estado.

En estos dos puntos, estamos de acuerdo con el autor y por eso defendemos nuestra revolución, pero en lo que no podemos estar de acuerdo es que en el Estado liberal no haya un principio ético que lo ilumine y dirija. Precisamente toda la fuerza e importancia del movimiento liberal descansa en su contenido ético que tiene como base los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad. El haberse apartado de esos principios éticos es lo que nos obliga a nosotros a hacer la revolución, pues al perder los vínculos espirituales con que nació, ha perdido su razón de ser. Nosotros pensamos continuar la labor, hecha imposible por la burguesía, que se propuso este Estado liberal que se derrumba.

Y es precisamente este carácter espiritual el que ha hecho a los fascistas perseguirle y perseguir a las tendencias que pudieran lograr lo que él no logró. El partido fascista, el nacionalsindicalista o el nacionalsindicalista, continúan siendo un partido de clase, de la burguesía, pese a sus declaraciones, y en el campo económico marchan por el mismo camino que siguen los que ellos llaman Estados liberales.

La diferencia está precisamente en torno al espíritu: unos buscan su libertad completa y los otros tratan de ponerle cortapisas y cercenar sus alas. Si a la opinión católica de que no existe una filosofía católica, ni siquiera una filosofía cristiana, sino una filosofía verdadera, la cual está, sin duda, de acuerdo con el cristianismo, pero es independiente de él, porque sus principios no se fundan en la fe cristiana, sino en la naturaleza racional del hombre, y

que no contenta con esto da normas positivas a la teoría del conocimiento y a la metafísica, pues exige a la primera que reconozca la posibilidad de una metafísica que declare ser posible el conocimiento de un Dios personal y así mismo de sus "milagros" y de su fuerza demostrativa (las mismas limitaciones aparecen en torno a la filosofía del Estado y del Derecho, de la Historia y de la Física, así como de las discipli-

nas filosóficas que se fundan en estas ciencias), se le añade las limitaciones que establecen las concepciones que defiende Beneyto en su libro, tendremos al espíritu encadenado y por lo tanto tienen estas tendencias mucho menos de espirituales que los llamados Estados liberales.

J. C.

